

INTRODUCCIÓN

Quien en tiempos inciertos, mantiene el espíritu incierto, contagia la incertidumbre

Goethe

Hemos llegado al fin del siglo veinte y al sesquicentenario del Manifiesto Comunista, ese formidable instrumento de acción que habría de condicionar el presente siglo. Asimismo en este fin del milenio coinciden el eclipse del mito de la Modernidad, de la llamada Época del Hombre, iniciada allá por el siglo XII, expresada en todo su vigor artístico en el Renacimiento, pero sobre todo en el iluminismo del siglo XIX por un lado; y por otro, con el derrumbe de los *intentos* de construir la "etapa inferior del comunismo" en nuestro siglo, inspirados precisamente en aquel fantasma que recorría Europa.¹

Ahora pareciera vivirse tiempos de crisis de ideas, *sobre todo de voluntad* y el consecuente señoreo de la frivolidad, de apoteosis del uso insensato de las palabras glorificando el mundo de la imagen y el vértigo, de "madura" condescendencia hacia las "travesuras idealistas" de nuestra juventud, de "discreto" eludir la palabra revolución o de filisteos e impostores que la invocan en vano.

Un ambiguo sentimiento de amargura e impotencia esparce sobre la sociedad una sensación de estupor al ver irse este siglo que se había abierto con la Revolución de Octubre, marcando el inicio del tránsito de capitalismo al socialismo, como paso hacia la definitiva emancipación de la humanidad, y que concluye con inimaginada

1 El Manifiesto Comunista

regresión: mientras esto escribo la República de Yugoslavia es destruida metro a metro por los misiles de la OTAN que imponen la unidimensionalidad por medio del Terrorismo de Potencia. La "Vieja Europa", pretendido centro de la civilización, es cómplice una vez más, de la imposición del nuevo orden norteamericano como ayer lo fue cuando dejó hacer a Hitler en una aventura que costó cincuenta millones de muertos. Y al mismo tiempo es posible demostrar que nunca en la historia de la humanidad ha habido semejante contraste entre riqueza y miseria, tanto material como espiritual.

Un pasado insepulto enrarece la atmósfera, pudre el aire y tiente a constantes revisiones. El futuro, antes luminoso a pesar de los sacrificios presentes, se nos aparece por lo menos inquietante y, recordando a Gramsci, es menester apelar a un ingente optimismo del corazón para contrarrestar el sensato pesimismo de la inteligencia. Los pueblos son transformados en espectadores de la sociedad y de sus propias vidas. Lo virtual reemplaza lo real, lo cuantitativo se impone a lo cualitativo y lo sacro es arrasado por lo secular. La unidimensional, lúcidamente analizada por Marcuse en 1963, amenaza barrer lo plural y lo múltiple, desde la personalidad de los hombres y la mujeres, pasando por las peculiaridades de las comunidades hasta las identidades nacionales.

Pero más que una quejosa descripción de las calamidades tenemos que preguntarnos: ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo se explica que después de décadas de entusiasmos, sacrificios y confianza, aparentemente sólo queden focos de "resistencia" en buena parte actuando más por inercia que por convicción? ¿Cómo se explica que la mayoría de aquellos que más entusiasmo y esfuerzos pusieron en la construcción de el llamado "socialismo real" sean lo menos interesados en defenderlo? ¿Cómo es posible incluso que ni siquiera quienes usufructuaron de los privilegios de esas sociedades, las castas burocráticas dominantes, no opusieran resistencia a la "caída"? ¿Hubo realmente "caída"? ¿O es simplemente readecuación de un sistema que nunca fue lo que dijo ser? Después de todo -si según el propio Marx- los hombres no son lo que creen ser sino lo que hacen, las sociedades no son lo que ellas afirman de sí mismas sino lo que hacen.

Muchos, en particular fuera de los países del ex sistema socialista mundial, aferrados a una esperanza que solo es expresión de deseos, piensan que esto es solo un "impase" dentro de esa larga

lucha por la sociedad comunista. Una fuerte derrota "táctica" frente a la gran "estrategia" de la historia universal. Derrotas debido a circunstancias históricas y errores de las vanguardias. Pero la doctrina seguiría más o menos intacta, sólo necesita "ajustes" a la nueva realidad. Hay que "esperar*" que el propio desarrollo de las "fuerzas productivas" regeneren el "sujeto histórico" y mientras tanto "prepararse" para las futuras ofensivas revolucionarias. Analizar "errores", restañar heridas, insistir en la "concientización". Las herramientas que habíamos portado eran buenas pero hubo "desviaciones". Otros desarrollan la cómoda teoría de la "traición". La traición de Gorbachov, de Den Sia Ping, de Menem o de quien sea. Otros más se autocritican de haber sido demasiado "izquierdistas", "no tuvimos suficientemente en cuenta la cuestión nacional". "Se nos paso la cosa de la democracia" y así por el estilo.

Creo, por el contrario, que toda lucha está preñada de "errores", que los tropiezos son parte del aprendizaje y que es paralizante llorar por los rincones sin sentido. Creo que el examen del pasado se hace a la luz del presente y para el presente. Pero al mismo tiempo estoy convencido que hemos cometido un solo pecado imperdonable: No haber sido ni ser suficientemente subversivos. La izquierda dejó de ser cuando hubo dejado de ser subversiva. Y dejó de ser subversiva no ya en las prácticas "reformistas" sino también en las metodológicamente más radicales incluidas las insurrecciones armadas y las guerras populares. La constante en los movimientos populares y revolucionarios del siglo XX ha sido el sistemático pase a posiciones conservadoras en cada momento de obtención de una cuota de poder o en cada captura de la administración del estado.

Sin embargo, estamos lejos de tener un balance de las experiencias de ciento cincuenta años de lucha comunista y libertaria. Pero al mismo tiempo dicho balance no podrá efectuarse en forma completa fuera de una nueva praxis social. Por otro lado hasta ahora los balances se centran en la idea de supuestas "desviaciones" a la doctrina inicial. No obstante, y más allá de ver la forma concreta de dichas "desviaciones" es posible marchar hacia una nueva praxis de libertad intentando reflexionar sobre ciertos basamentos epistemológicos que, al menos dieron pie, a dichas "desviaciones".

Porque lo que aparece a simple vista, es que ninguna de las corrientes supuestamente antagónicas dentro del movimiento emancipador que lograron ensayar formas sociales, ha demostrado ser

la "verdadera" y en todas es fácil reconocer, con diferencias de grado, tanto los sacrificios, la abnegación y el espíritu de lucha.

Lo que es menos fácil de ver son los valores auténticamente revolucionarios y libertarios, la verdadera actitud "subversiva", la real radicalidad, en cada una de las experiencias y en todas en su conjunto. Y esto es así porque criterios como "éxito" "cumplimiento de objetivos" "acumulación histórica", y sobre todo la idea de un presente de lucha hacia un "futuro luminoso", basado en una obstinada fe en el desarrollo de las fuerzas productivas, empañan y distorsionan las valorizaciones. En este aspecto, el concepto de tiempo y el mito del progreso son de cardinal importancia como veremos luego.

Así la "verdad" estuvo -y sigue estando- indicada por el "triunfo", por los resultados "finales". Las "derrotas" indicaron el "error". Los que triunfaron fueron "héroes", los derrotados "mártires" cuando no ilusos. Ahora que todo parece derrumbarse los "héroes" pasan a ser traidores y el futuro, antes luminoso, una especie de condena inevitable.

Es más o menos evidente que prácticamente todo el movimiento emancipador de este siglo, sea cuales fueren las identidades político-ideológicas, tuvo la impronta del pensamiento socialista-anarquista en donde el marxismo en sus diferentes corrientes se impuso por la unión entre la poderosa estructura lógica, combinando lo inmediato con lo mediato y la formidable acción militante que obtenía como resultado la determinación. Pero a su vez el movimiento emancipador al que generalizamos con el nombre de socialismo, es hijo rebelde (desafortunadamente no suficientemente rebelde) de la epistemología de la Modernidad. La determinación se confundió con determinismo y éste como decisión.

Y así como Marx fundó su doctrina no solo en la certera crítica al capitalismo sino también analizando las limitaciones del llamado socialismo utópico, hoy es imprescindible revisar a fondo los fundamentos epistemológicos modernistas de los cuales el marxismo quedó entrampado y a la postre contribuyeron decididamente en las supuestas "desviaciones" posteriores.

Y en efecto: la Modernidad estableció un modelo epistemológico que determinaba una hermenéutica del mundo a partir de la cual se construyó el mito central de la época: la creencia y la praxis del progreso ilimitado, como ley ontológica central y eterna que ordenaba el conjunto de las actividades humanas.

Esto es lo que se conoce como determinismo histórico o historicista. Su rasgo esencial es que el presente sólo se puede ver desde el futuro. Es decir, un determinismo que explicaba que la realidad actual, la situación en que se vive, estaba "ordenada" y era incluso comprensible desde el punto de vista del futuro.

Así al "empirismo" del "socialismo utópico" se le opuso una versión "científica", la cual constituyó una paradoja tal que, siendo un poderoso instrumento de acción, condenaba inevitablemente a la espera. La lucha revolucionaria y la propia revolución era solo un medio para llegar al comunismo. Esa lectura de la realidad nos ponía, mas allá de nuestra voluntad y conciencia, en una situación "mesiánica" de espera. Es en tal sentido que tomo en préstamo la expresión "mesiánica". No en el sentido peyorativo como lo usan nuestros neodemócratas, sino en el sentido de la espera permanente del Mesías: éste era la revolución anunciada.

Podría hablarse también de "mesianismo científico", o "racionalista" para diferenciarlo del mesianismo místico. Y todo mesianismo necesita su Mesías. Nuestro Mesías fue el saber analítico previsible. Quien detentara dicha forma del saber estaba determinado por la historia no sólo a conducir la lucha emancipatoria, sino a "enseñar" a los demás que es la vida, que es la felicidad, como hay que vivir, porque todo se podía prever gracias a una racionalidad que considera real sólo aquello que es analíticamente previsible.

La gran paradoja es que fueron precisamente los teóricos del marxismo, sus políticos, o los "prácticos" de la revolución, en primer lugar Lenin, los que llegaron a la conclusión que la revolución no es previsible. Porque todos, casi sin excepción, fueron sorprendidos por la propia revolución. Por otro lado, la idea del comunismo como la definición de una sociedad futura comunitaria y libertaria resultante de una acumulación histórica, económica y cultural que permitiría pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad unifica irremediablemente tanto a "revolucionarios" como "reformistas", y a pesar de unos u otros, alrededor de la espera.

Con la crisis de la Modernidad, con el cuestionamiento al progreso sin límites se abre la posibilidad de replantearnos el comunismo aquí y ahora. Lo revolucionario, lo subversivo, la radicalidad, ya no sería un medio para llegar al comunismo. Es una exigencia, un movimiento creador, un disparador de nuevas iniciativas de relaciones sociales subversivas al sistema aún en las entrañas del mismo. El fin estará en el medio y a su vez ningún medio será un

fin en si mismo. No se lucha por la libertad futura pues en la misma lucha está la libertad. De ahora en más la lucha carece de la garantía que nos dio el determinismo. Toda lucha es una apuesta y eso nos obliga incluso a revisar los parámetros de "éxito" o "fracaso".

Y el nuevo milenio podrá ser tanto el regreso a la barbarie, una especie de edad media altamente tecnologizada o el surgimiento de una nueva y autentica Ilustración basada en una reconsideración sobre la objetividad del tiempo y el reencuentro de la razón con los sentidos.